

EL VIAJERO AFRICANO: RESEÑA DE UNOS ARTICULOS INSERTADOS EN EL “CORREO DE XEREZ” EN NOVIEMBRE DE 1801

Francisco Bravo Liñán
Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Hojeando los primeros números de la tercera época del *Correo de Xerez*, en 1801, nos encontramos con una serie de escritos remitidos por la persona que firmaba con el pseudónimo con que encabezamos estas líneas.

Tras su lectura nos proponemos reseñar brevemente estos artículos, que no estamos seguros si responderían propiamente a la tipología de los de viaje; las cuestiones que aborda este viajero parecen alejarse de las características que suelen acompañar a los tradicionales relatos de los viajeros. No obstante, por su firma –real o figurada–, por las referencias aparecidas en sus páginas y por alguna que otra ligera descripción de costumbres –aunque quizá sean poco específicas–, podrían caer de alguna manera dentro de la intencionalidad monográfica del número 2 de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*.

El firmante. A pesar de su pseudónimo, ¿sería un viajante real o imaginario? No lo sabemos; sólo que cita su condición ambulante en varias de sus cartas (“los conocimientos que me han enseñado mis viajes”, “cuando vuelva a Africa”, “aunque forastero, pero amante de las letras”, “noticiando lo que ocurra hasta mi regreso a Africa”, “habiendo viajado yo por las mayores /ciudades de España/”...) (1), pero que tampoco nos aclararía con eficacia este punto, toda vez que esas menciones pueden entrar en el campo de la opción estilística que se propusiera.

Quizá sea de sospechar esa ausencia de una consonancia con el tipo de descripciones de viajeros más extendidas, que se detienen, a veces con énfasis ingenuo, a veces con delectación, en detalles físicos, sociales, estéticos... de los lugares visitados, cosa que nuestro “Africano” obvia en los escritos que remite en cinco ocasiones al periódico jerezano.

(1) Véase Prospecto, y *Correo de Xerez* nº 90 y 91.

Vehículo de inserción. Aparecen las páginas que comentamos en el *Correo de Xerez*; éste es un periódico que surge en abril de 1800 y prolonga su existencia, con diversos avatares, hasta la Guerra de la Independencia.

Entre sus objetivos declarados figuraba la crítica de costumbres, la ilustración, la educación y las inserciones poéticas, como así lo manifiesta el Prospecto de 1801 (3ª época) en el que se proclaman sus intenciones:

“...deseando el editor llegue a la perfección de que es susceptible, piensa aumentar el plan que se propuso al principio de su publicación y adornarlo de otros diversos artículos más útiles y apreciables; entre las noticias varias que se extractarán del grande y dilatado campo de ciencias y artes /.../ se hablará de las preocupaciones que por más comunes son más perjudiciales; se tratará de la holgazanería, falta de educación en los hijos y medios de mejorarla; por medio de la sátira se reprehenderán las malas costumbres y vicios que reinan en la ciudad, y que son perniciosos por su publicidad; así será muy oportuno tratar del lujo excesivo que arruina las casas y familias, del inmoderado uso de las modas /.../ de la falsa amistad, de la necesidad de buenos amigos y de la importancia de conservarlos, del mal genio y necesidad de reprimirlo, de la cortesía /.../ entre tantas, tan diversas útiles materias se insertarán varias poesías inéditas...” (2).

Se incluyen en el periódico de nuestra atención cinco cartas remitidas por el mentado firmante: la 1ª, incluida tras el Prospecto citado, y las siguientes en los números 83 (1-XI-1801), 89(5-XI-1801), 90(8-XI-1801) y 91(12-XI-1801).

Propósito y realidad de los artículos de “El Viajero Africano”. Ya se ha indicado más atrás que este viajero obvia en buena parte las intenciones, contenidos y procedimientos de los libros de viajes más conocidos, a pesar de la explicitación de sus descriptivas intenciones sobre la ciudad.

El propósito manifestado por nuestro viajero se acerca, más bien, a artículos de crítica social, como parece desprenderse de estas líneas, incluidas tras el Prospecto indicado:

“politicaré, filosofaré, atacaré una gran parte de la masa de preocupaciones que son el origen de las desgracias de los hombres”,

a lo que añadirá “la suma de los conocimientos que me han enseñado mis viajes”.

No aparece prácticamente nada de esto último en sus artículos remitidos; añade, por otro lado, en el nº 91 una descripción histórica de Jerez que no continúa.

Y toda esta actividad la realiza por la elevada pretensión de contribuir a una empresa ilustrada:

(2) Prospecto del *Correo de Xerez* (3ª época). 1 de noviembre de 1801.

“Yo de mi parte, aunque forastero, pero amante de las letras, quiero contribuir al empeño con que V. continúa una empresa que hará en los siglos venideros una de las épocas más gloriosas de la ilustración jerezana...”

Todo ello nos hace cuestionar, una vez más, la oportunidad de su consideración como auténtico relato de viajes. Más bien estaría próximo a buena parte de los propósitos y maneras de las “Lettres Persennes” o de las “Cartas Marruecas”; nuestro Africano se centra en la crítica social y de costumbres, como ya se ha aludido.

Su parentesco con la intencionalidad –y en algún caso incluso con el contenido– de las Cartas cadalsianas parece evidente, si comparamos al efecto el artículo insertado en el nº 91 del *Correo de Xerez* con la Carta XXXIX.

“El Viajero Africano” dice así en la citada publicación:

“Señor editor: Pocos días ha me entré una mañana en el cuarto de mi amigo Patricio /.../ Hallé su mesa cubierta de papeles, y arrimándome a ellos con la libertad que nuestra amistad nos permite, abrí un cuadernillo que tenía por título “Observaciones y reflexiones sueltas”. Cuando pensé hallar una cosa, por lo menos mediana, hallé que era un laberinto de materias sin conexión junto a una reflexión muy seria sobre la inmortalidad del alma; hallé otra acerca de la danza francesa, y, entre dos relativas a la patria potestad, una sobre pesca de atunes. No pude menos de extrañar este desarreglo, y aun se lo dije a Patricio quien /.../ me respondió: “Cuando intenté escribir mis observaciones sobre las cosas del mundo, y de las reflexiones que de ella nacen, creí también sería justo disponerlas en varios órdenes, como la moral, política, historia, física, etc., pero cuando vi el ningún método que el mundo guarda en sus cosas, no me pareció digno de que estudiase mucho el de escribirlas. Así como vemos al mundo mezclar lo sagrado con lo profano, lo malo con lo bueno, dejar un asunto para emprender otro, así también yo quiero escribir con igual desarreglo” (3).

Unas líneas de la mencionada Carta XXXIX ponen de manifiesto el patente plagio, lo que podría indicar el estrecho contacto que tendría “El Viajero” con la obra cadalsiana. Escribe Cadalso:

“Mira Gazel, cuando intenté escribir mis observaciones sobre las cosas del mundo y las reflexiones que de ellas nacen, creí también sería justo disponerlas en varios órdenes, como religión, política, moral, filosofía, etc...; pero cuando vi el ningún método que el mundo guarda en sus cosas, no me pareció digno de que estudiase mucho el de escribirlas. Así como

(3) *Correo de Jerez*, nº 91 de 12-XI-1801, p. 26.

vemos el mundo mezclar lo sagrado con lo profano, pasar de lo importante a lo frívolo, confundir lo malo con lo bueno, dejar un asunto para emprender otro, retroceder y adelantar a un tiempo, afanarse y descuidarse, mudar y afectar constancia, ser firme y aparentar ligereza, así también yo quiero escribir con igual desarreglo”.

Por aquellos años, igualmente acogerían las páginas de los periódicos estos planteamientos críticos, a partir del *The Spectator* inglés, imitado en España por *El Censor de Cañuelo*, y en Cádiz por *La Academia de Ociosos* (1763) de Flores Valdespino, *La Pensadora Gaditana* (1763) de Beatriz Cienfuegos (4), y por el periódico de Pedro Gatell *El Argonauta Español* (1790).

Los citados periódicos, por medio del procedimiento de insertar “pensamientos”, “sueños” u otros, procedían al análisis y crítica de perniciosos hábitos sociales, la moralidad huera o convencional, la mala educación...

Hacia el contenido. Distribuye nuestro articulista los contenidos de sus cartas de la manera que sigue:

En el primero de ellos, el incluido a continuación del Prospecto, hace un planteamiento de los contenidos que piensa tratar, así como el noble objetivo que los fundarían.

El siguiente escrito remitido se incluye en el primer número de la reaparición del periódico jerezano, señalado con el 88; el autor presenta varias cuestiones de forma crítica, entre las que destacamos la hipocresía conservadora convencional de unos determinados sectores y la necesidad de ilustración.

La carta que le sigue, insertada en el n° 89, la dedica especialmente a plantear la necesidad de la educación para la juventud, así como los efectos perniciosos de su ausencia, debida fundamentalmente a la ignorancia e indolencia de los padres.

En la publicación n° 90 del periódico que venimos mencionando, continúa y concluye los asuntos anteriores, destacando exageradamente las negativas consecuencias de orden material que provocaría una mala educación.

De la última carta aparecida merece subrayarse la referencia a la ociosidad de la élite, probablemente la nobleza, que sería la que pudo tener cierta preponderancia dentro de la oligarquía jerezana (5).

Podríamos dividir en dos grupos los asuntos tratados por estas cartas remitidas. Por un lado, lo referente a *erudición y crítica social y moral*; por otra parte se podrían citar una serie de *alusiones a ideas vigentes en el Siglo Ilustrado*.

(4) Este parece ser un nombre posiblemente supuesto que pudo encubrir el nombre de un fraile, según Guinard. Últimamente ha aparecido un artículo en el *Diario de Cádiz* de 1-XII-1991 que apunta el nombre de N. Postigo para la firma de *La Pensadora*.

Este último periódico parece ser que fue superior a su coetáneo de Juan Flores Valdespino, como puede verse en el n° 1 de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 1991, pp. 129-140.

(5) Véase M^a José de la Pascua, *Cádiz y provincia*, t. II, pp. 331 y 364.

En el primero de estos apartados se ubicarían los concernientes a:

La mala educación, que con insistencia trata el remitente en dos números del periódico, el 89 y el 90, señalando como causa fundamental el descuido de los padres. Así, escribe que

“entre tantas necesidades humanas que se oponen al bien de la sociedad, ninguna me aflige más que la educación que dan los padres a sus hijos, siendo cierto que la buena educación de los jóvenes es el fundamento de toda república /.../ Estas referidas lástimas son efecto de la mala educación que dan a sus hijos muchos padres, mas si por esta indolencia son tan dignos de reprehensión, ¿cuál no merecerán aquellos padres cuyos hijos por su nacimiento deben tener altos destinos? /.../ ¡Ah padres indolentes, que dejáis a un lado aquellos sentimientos que a cada paso inspira la humanidad! ¿Cómo podéis vivir con quietud teniendo a cargo vuestro la educación de aquellos a quienes disteis el ser, y miráis peor que a un extraño? ¿Cómo os desentendéis de aquellas obligaciones anejas y peculiares a vuestro estado y condición? (6).

Al mismo tiempo, quizá de forma desmedida, avisa el firmante de las nefastas consecuencias morales y materiales que seguirían de los descuidos y lenidades que expresaba.

“Y ¿cómo en fin olvidados de las prendas más amadas del paternal afecto, descansáis en el ocio, haciéndoos sordos a las infelicidades que por vuestra inacción y descuido esperan a los que son las delicias de vuestro cariño? /.../ que por el descuido y abandono se ven /los hijos/ reducidos a la mendiguez y desdicha, tan sólo por no haberlos dirigido en sus primeros años como debían?” (7).

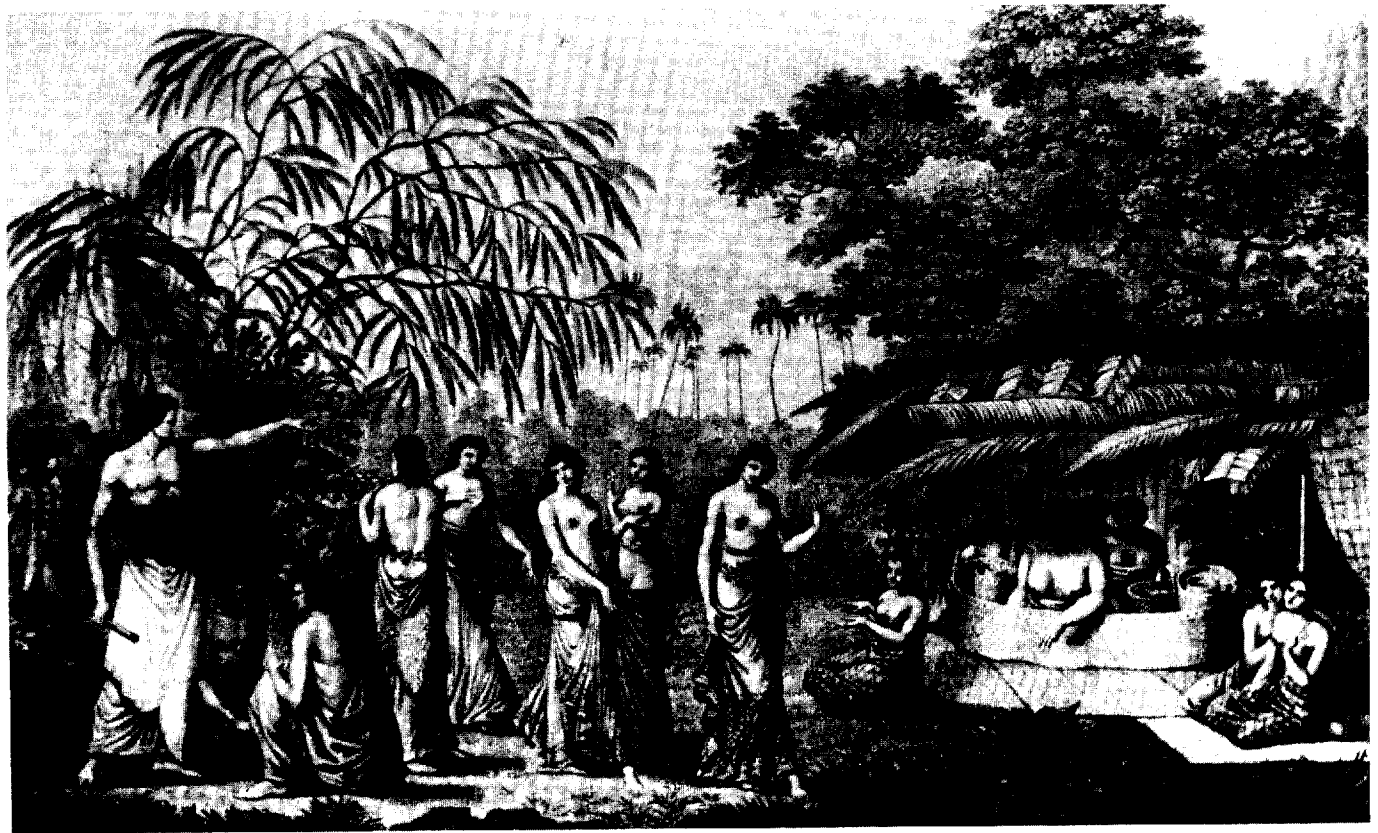
“Si los descuidos de los padres para con los hijos ocasionan unas consecuencias tan fatales, mucho más y mayores se experimentan en las inocentes hijas /.../ resultando de todo esto que aquellas pasan sus primeros años en lisonjear su gusto con todos aquellos medios que le afianzan una vejez infeliz y desdichada (8)”.

Según parece, tras estas líneas laten unas consideraciones educativas y moralizadoras que informarían buena parte de los escritos de nuestro remitente, y que serían un elemento de sintonía con las obras aludidas y particularmente con los periódicos que respondían al tipo “espectador”.

(6) *Correo de Jerez*, nº 89 de 5-XI-1801, pp. 10 a 13.

(7) *Correo de Jerez*, nº 89, p. 12.

(8) *Correo de Jerez*, nº 90 de 8-XI-1801, pp. 17-18.



La ociosidad de los nobles. Aunque no habla expresamente el “Africano” de la nobleza, tal vez debía referirse de modo particular a este sector, toda vez que en ella residiría el “honor” de no trabajar, hasta que avanzados los años de la Ilustración, sería declarada como honorable la actividad laboral para los aristócratas. Igualmente, y puesto que estamos en Jerez, donde, como se ha indicado, la burguesía sería escasa y la nobleza “rancia” más abundante, pudiera ser a este último grupo social a quien aplicara sus críticas nuestro Sr. viajero.

No era un tema nuevo en el Siglo de las Luces –y entendemos que no se puede referir tal época a una acotación cronológica que haga empezar tal siglo, como entidad cultural, en 1700 y acabe el último día de 1799 (9)–, ya que lo tocan, entre otros, Cadalso, León del Arroyal, Jovellanos...

El “Viajero” ataca esta ociosidad por considerarla negativa en sí, para el progreso del Reino y para el propio sujeto “pasivo”. Veamos algunas de sus palabras:

“¿Qué corrección no merecerán aquellos padres que siguen tan decantada como perniciosa máxima de no dar destino ni ocupación alguna a sus hijos, porque cualquier tarea degrada su brillante cuna /.../ siendo unos zánganos de la república, inútiles a la patria, perjudiciales a la Religión y objetos dignos del mayor oprobio?” (10).

Las visitas inconvenientes. Una de las costumbres que nuestro autor considera más perniciosa y que critica con dureza en sus artículos, concretamente en el del nº 90 de nuestra citada publicación, dedicado de modo amplio a tratar de educación, es la referente a ciertos usos no recomendables en las visitas.

Durante los tiempos de la Ilustración ciertas relaciones sociales se desarrollaban por medio de visitas que tenían como centro de la misma, como anfitriona, a la señora de la casa; a veces su desenvolvimiento era ajeno a una adecuada conveniencia, y sería satirizado en las páginas de distintas publicaciones y en sainetes. Algunos de sus aspectos, como el “cortejo”, parecen que eran punto de incidencia de estos comportamientos viciados, como de ello dio buena cuenta en su libro de viajes Joseph Townsend, donde dice que las señoras eran

“las receptoras de todas las visitas de la familia. Cuando vas a ver alguna, en vez de llamar a la puerta o preguntar al portero, te diriges directamente al salón en el que recibe habitualmente sus visitas, donde es muy raro no encontrarla, a menos que esté en misa, a cualquier hora de la mañana y de la tarde o al principio de la noche; en invierno la ves sentada junto al brasero y rodeada por sus amigos. Estos son generalmente hombres, pues las damas rara vez hacen visitas de carácter familiar, y entre ellas suele haber

(9) Véase Guillerme Carnero, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, Madrid 1983, p. 15.

(10) *Correo de Jerez*, nº 89 de 5-XI-1801, p. 14.

uno a quien denominan “el cortejo” /.../ Si la dama está en casa, él se encuentra a su lado; cuando ella sale, lo hace del brazo de él; cuando toma asiento en una reunión, guarda una silla para él...” (11).

Un aspecto que critica nuestro viajero como bastante perjudicial es la plática que sostenían las jóvenes de la casa con casados ociosos, que en su opinión no proporcionarían ningún fruto estimable en su necesaria educación moral e incluso serían fuente de consecuencias materiales funestas. Así se puede observar en las líneas que siguen, en las que critica a los padres por su inhibición ante este tipo de visitantes:

“¿Cuántas no han sacrificado vilmente su pureza por el descuido que éstos han tenido en permitir la entrada en sus casas, trato, comunicación y frecuencia de aquellos que regularmente están tildados de insolentes y atrevidos, sin mirar que están imposibilitados por su estado a reparar la ruina que ocasionan muchas veces con sus liviandades? /.../ Sólo sí es advertir a los padres que nada ganan ellos y sus hijas en oír gustosas las conversaciones de unos hombres que nada pueden proporcionarles más que su total ruina” (12).

La ignorancia y abulia de los jerezanos. No parece encontrarse el comunicante muy satisfecho con el nivel de cultura y el interés que mostrarían por ella los habitantes de Jerez.

No andaría muy errado en sus apreciaciones, toda vez que, también en este periódico, en su número de 1805, se menciona este abandono de los jerezanos instándoles a mejorar, “rebajando de este modo la nota de poco culta que sufre tan extensa, hermosa y opulenta ciudad” (13).

Estas palabras de 1805 no estarían muy distantes de la realidad según se podría desprender de algunas páginas de Antonio Domínguez Ortiz en *Andalucía, ayer y hoy*. La centuria ilustrada, a pesar de sus progresos, mostraría en Andalucía un panorama poco alentador, del que acaso sólo se libraría Cádiz. Jerez, en consecuencia, no sería una excepción:

“No tenemos estadísticas de conjunto para los siglos pasados [anteriores al XIX]; sólo podemos decir que eran minoría los que sabían leer y escribir, con porcentajes muy divergentes, que eran reflejo de desigualdades sociales /.../ En 1843 la de Cádiz [provincia] era la más alfabetizada, con un 25%...” (14).

(11) Joseph Townsend, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Prólogo de Ian Robertson, traducción de Javier Portus. Madrid, 1988, pp. 210-211.

(12) *Correo de Jerez*, nº 90 de 8-XI-1801, pp. 17-18.

(13) *Correo de Jerez*, nº 141, de 7-VII-1805, p. 14.

(14) Antonio Domínguez Ortiz, *Andalucía ayer y hoy*. Barna. 1983, p. 151. A pesar de que Domínguez

Censura nuestro escritor esta anemia cultural, el desinterés por la lectura de los escritos de su amigo Patricio, que él consideraba de mucho interés para la sociedad jerezana –*Compendio histórico de Jerez*– y no entiende tal abulia, a la que trata de combatir cuando Patricio le plantea la situación:

“...mi proyecto es seguir escribiendo algo de lo mucho que ilustra mi patria, formar un compendio histórico y darlo a la prensa, mas veo a mis paisanos tan desanimados, advirtiéndome en unos tal disgusto, cual indiferencia en otros que pienso continuar la idea (en mi concepto) la más apreciable con manifiesta lentitud” (15).

A estas manifestaciones responde en la misma página El “Viajero Africano” con frases como “extravagante capricho”, “esos mal contentos no saben lo que desprecian”, que patentizan su intención crítica ante el desinterés e indiferencia de estos habitantes que así quedarían alejados de los deseables niveles ilustrados.

Convencionalismos e hipocresía conservadora. Otro punto que toca nuestro supuesto o real viajero es cierta posición obsoleta, quizá interesada y anclada en esquemas de un tradicionalismo ignorante de los jerezanos. Los núcleos detentadores de tales tendencias obstaculizarían el caminar fluido de la cultura, puede que por considerarlo en contradicción con alguna de sus convicciones, o como reacción ante la posible llegada de nuevas ideas, conocimientos, que en determinados casos estorbarían sus privilegiados acomodos.

Se critica en la carta remitida al nº 88 de nuestro periódico estas posturas poco acordes con esquemas ilustrados; extraemos de su escrito unas frases en las que el remitente muestra su indignación por este oscurantismo antiilustrado:

“... la pluma se me cae de la mano al reflexionar que se miran como per-

Ortiz exceptúa en algo a Cádiz de este extendido analfabetismo, el viajero Joseph Townsend en su libro *Viaje por España...* ya citado nos puede hacer considerar el volumen que pudo alcanzar esta ciudad por aquellos años. En consecuencia, en Jerez la situación sería peor. Veamos algunas de las palabras de Townsend, escritas en la p. 307:

“Cuando la plaza del mercado no estaba ocupada por predicadores, tomaban posesión de ella los escribientes, quienes provistos de pluma, tinta y papel, se sentaban en sus bancos para leer y escribir todo tipo de cartas y redactar toda clase de documentos. El precio usual de una carta es de ocho cuartos, o dos cuartos de peniques. Aunque se trata de una módica cantidad, es tan elevado el número de analfabetos que requieren constantemente los servicios de estas personas, que acaban por ganar bastante”.

Sobre la incultura general de la centuria, véase también, entre otros, Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México 1957, pp. 55 y 79.

(15) *Correo de Jerez*, nº 91 de 12-XI-1801.

turbadores de la pública tranquilidad, aquellos que tienen la noble osadía de manifestar la verdad a sus conciudadanos, sacándoles de la impenetrable y densa nube de contradicciones, delirios y preocupaciones y absurdos que degradan la razón humana” (16).

Referencias varias

Encontramos por otra parte varias indicaciones que nuestro viajero incluye en los artículos que manda al periódico, algunas de las cuales sería interesante comentar, y que reflejarían ciertas orientaciones ideológicas, culturales e incluso religiosas, captables en la sociedad jerezana en el alborar del Ochocientos.

Vamos a centrarnos en primer lugar en las líneas que dedica a subrayar la vigencia de la Ilustración, por medio de la consideración positiva de determinados elementos que conformarían el concepto de **ilustración**.

Un elemento de destacada importancia en la idea de **ilustración** sería la consecución de un buen nivel de *instrucción*, el dotarse de una pátina cultural que facilitase el acceso a esa modernización racional tan deseada por el Siglo Ilustrado. Esta componente es aludida con cierta frecuencia por bastantes de los escritos de la época, y quizá, de abundar en ello, nos desviaríamos del objeto propuesto en estas escasas páginas. No nos resistimos, sin embargo, a citar unas palabras aparecidas en el nº 1 del periódico *El Telescopio Político*, editado en la Isla de León en 1810.

“La sabiduría de las Cortes ha sancionado la libertad de imprenta para facilitar la instrucción del público y para que se propaguen rápidamente en él las luces de la Ilustración” (17).

En las cartas remitidas por este viajero aparecen estas manifestaciones relativas al factor cultural como conformador fundamental del concepto **ilustración**, como es observable en varias de sus líneas.

Tras el Prospecto anunciador de 1801, aparece por primera vez el “Africano” señalando los valores “ilustrados” de la dimensión cultural aludida:

“Yo de mi parte aunque forastero, pero amante de las letras, quiero contribuir al empeño con que V. continúa una empresa que hará en los siglos venideros una de las épocas más gloriosas de la Ilustración Jerezana /.../ remitiendo a V. toda la enciclopedia de mis delirios y la suma de los conocimientos que me han enseñado mi viajes” (18).

(16) *Correo de Jerez*, nº 88 de 1-XI-1801.

(17) *El Telescopio Político*. Real Isla de León. Nº 1, 1810.

(18) Prospecto anunciador del *Correo de Jerez* en su 3ª época. 1 de noviembre de 1801, pp. 6-7.

En el nº 88 del *Correo de Jerez* de 1801, “El Viajero Africano” subraya de nuevo la importancia del aspecto cultural para caminar por la senda de las “luces”, criticando a los que no transmitían sus saberes:

“...pero los libros y la meditación me inspiran un nuevo aliento, y me hacen ver que el hombre que no se atreve a comunicar a sus semejantes las luces que ha adquirido por el estudio...” (19).

Otra de las características apreciables en la idea de **ilustración** —y de modo señalado en tierras gaditanas— parece ser un significado afán por *el progreso*. Se debe indicar en este punto que los términos “progreso” y “progresivo” se utilizan en un sentido “ilustrado”, como la proclividad del hombre dieciochesco por todo lo que suponía avances que le alejasen de estadios más primitivos.

Esta progresividad daría cabida en sus contenidos a una serie de pensamientos avanzados en los campos social, político, filosófico... que compondrían un núcleo de ideas que vinieron a llamarse “liberales”, como destacan, por ejemplo, Francisco José de Moya Jiménez y Celestino Rey Joly en *El Ejército y la Marina en el Cádiz de las Cortes* (20), en ámbitos gaditanos por aquellos años en que se publicaba el periódico jerezano que comentamos. Esta ideología pudo a veces ser exaltada, como podría verse con bastante frecuencia en los comienzos de la centuria decimoctava. Un ejemplo gaditano pudo ser la viva polémica surgida entre el *Diccionario razonado manual*, de ideología “rancia”, “servil”, y buena parte de los periódicos y folletos liberales.

De ello parece hacerse eco el firmante de estos artículos, supuestamente de viajes. En este sentido podrían estar unas palabras aparecidas en el *Correo de Xerez* nº 89, en las que parece manifestar una propensión a la igualdad natural de los humanos, recomendando a los notables que

“cuando ocupen los primeros empleos, no piensen en que son de una especie superior a los demás hombres, sino en que siendo de una naturaleza igual /.../ que conozcan la verdadera gloria y sepan que la mayor que puede tener un hombre de distinción es el ser útil a sus semejantes” (21).

Estas alusiones a la igualdad, a la utilidad, inciden una vez más en destacar la mencionada vigencia de la Ilustración, que incluiría entre sus conformantes la progresividad y el pragmatismo. En 1801 serían plenamente actuales tales ideas; los destellos de la Ilustración se prolongan en los comienzos del Diecinueve, como así parece desprenderse de los escritos objeto de este comentario.

Podría referirse nuestro escritor en otras páginas a esa vaga creencia en la divinidad, a la inclinación a una “religión natural”, que sería llamada deísmo, y

(19) *Correo de Jerez*, nº 88 de 1-XI-1801.

(20) Véase F.J. de Moya y Celestino Rey Joly, *El Ejército y la Marina en el Cádiz de las Cortes*. Cádiz, 1918, t. I, p. 94.

(21) *Correo de Jerez*, nº 89 de 5-XI-1801.

que se extendería durante los años ilustrados auspiciada por filosofías racionalistas y sensacionalistas, que impregnarían, entre otras, la magna obra de Diderot y D'Alembert, dilatando su influencia con intensidad en el último tercio de la centuria.

Paul Hazard se refiere a esta creencia natural diciendo que el deísmo

“no implicaría ya ningún acto de fe, por ser el resultado de una pura operación intelectual que conduce a una afirmación elemental y suficiente: la existencia de Dios /.../ El deísmo procedía a una especie de depuración. Si quitamos todo lo que nos parece supersticioso en la Iglesia romana, luego en la Iglesia reformada, luego en toda Iglesia y en toda secta, sólo nos quedará Dios.

Un Dios desconocido, un Dios incognoscible; por esto sólo se ha conservado el ser; entre todos los calificativos posibles, sólo se le ha llamado el Ser Supremo” (22).

Tal vez pudieran apreciarse en nuestro autor algunas alusiones que estarían en sintonía con esta proclividad a la religión natural, o al menos, pudieran dejarlo entrever. Al referirse al cumplimiento de las superiores obligaciones de la educación de los jóvenes, este viajero señala que su incumplimiento violaría “los derechos más sagrados de la naturaleza”.

Y en otra página de este mismo número leemos: “lo que más debe ofender a la Divinidad son los vicios o los errores contra la sociedad” (23).

Esta posible ambigüedad referente a la divinidad, que pudiera conexionarse con el deísmo, se ampliaría con indicaciones en otras páginas a la “recta razón”, a la Naturaleza “madre universal”, como fuentes dimanadoras de preceptos morales (24).

No se trataría de pecar contra el Dios de los cristianos, sino de una vulneración de los preceptos de la naturaleza. Quizá pudiera no ser muy apropiado hablar aquí de deísmo, pero las alusiones –ambiguas, probablemente– a la Naturaleza nos recordarían ese Dios natural desprovisto de las definiciones de las religiones.

Unas líneas sobre el estilo. Deberíamos hacer referencia, por último, a un recurso estilístico frecuentemente utilizado, y que dotaría a la consustancial aridez de los temas abordados de cierta agilidad expresiva. Pudo desempeñar un papel similar a aquella recomendación clásica para la poesía de unir la utilidad con el deleite.

El uso de la ironía cumpliría una de las reglas más valoradas por los literatos setecentistas, que condensarían aquellos versos de la *Epístola a los Pisones*: “omne tulit punctu qui miscuit utile dulci”.

(22) Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Versión de Julián Marías. Madrid, 1985, p. 106.

(23) Véanse pp. 9 y 12 de el *Correo de Jerez* nº 89 de 5-XI-1801.

(24) Véanse las pp. 10 y 11 del periódico de la cita anterior.

La conveniencia de este maridaje entre lo útil y lo placentero podría conseguirse dotando a esa cierta insipidez de los asuntos tratados, de una ingeniosa fluidez expresiva, de alguna chispa irónica sin la cual sería difícil que el potencial lector se acercase a esas páginas en las que unos posibles temas fatigosos y el didactismo prevaleciente proporcionarían una tediosa carga a sus escritos.

Se han subrayado algunos fragmentos en los que se observa esta necesaria y motivadora ironía. Así, al final del Prospecto repetidamente citado, aparecen las primeras muestras de este recurso que pudo contribuir a hacer atrayente en alguna medida esa posible lectura de las páginas de "El Viajero Africano". Nos cuenta al principio cómo llegó a sus manos el Prospecto, cuando con un amigo suyo

"ambulábamos discursivos (hablemos cultos para no entendernos), circunvalábamos ambiguos por medio del Arenal; en esta hermosa plaza estábamos gobernando el mundo, alambicando gabinetes, revolviendo secretarías, fortificando plazas, censurando providencias, promulgando leyes, imprimiendo bandos, despachando órdenes, quitando empleos, dando comisiones, reformando estilos, premiando servicios, satirizando libros, ojeando mozas, tirando flores, torciendo el gesto, y en una palabra, mintiendo a palmos y perdiendo el tiempo a varas..." (25).

Anotamos otro fragmento del artículo insertado en el nº 88, en el que se podría notar la recurrencia a un cierto el estilo irónico-festivo:

"Señor editor: Ya estoy encerrado en mi gabinete, en donde paso las noches y los días siempre solo, ya sea por filosofía, ya por necesidad, que es lo más seguro. Tengo pocos libros porque cuestan mucho, y menos amigos porque son muy raros..." (26).

Su dedicación a la reflexión filosófica de intelectual aislado en su gabinete sería una consecuencia impuesta fatalmente por las circunstancias, más que una inclinación manifiesta; la tonalidad burlona de estas palabras así parece advertir al lector.

En este *utile dulci*, el deleite al mismo tiempo se convertiría en utilidad, ya que sin él, el lector se alejaría de las páginas de los citados artículos. El uso de la ironía puede comportar ambos aspectos: sería "dulce" y al mismo tiempo útil. Esto es lo que pudo proponerse "El Viajero Africano", y que en algunos momentos quizá consiga.

(25) Prospecto del *Correo de Jerez*. 1-XI-1801, p. 5.

(26) *Correo de Jerez*, nº 89 de 1-XI-1801, p. 6.